POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Parecía una broma trágica, un chiste cruel: Enrique Olivares Santana sentado en la silla desde la que Jesús Reyes Heroles propulsó la Reforma Política. Pero es una triste realidad. Desde la semana pasada el conservadurismo ha vuelto a aposentarse del principal edificio de la calle de Bucareli.

En el más conmocionante movimiento político y administrativo ocurrido en México desde los años treintas, tres secretarios de Estado renunciaron a sus cargos y con ello se completó la media docena de remociones ocurridas en ese nivel en los treinta meses de la presente administración. A nadie debe extrañar que durante el camino de un gobierno se hagan necesarios ajustes, ora impuestos por las circunstancias cambiantes, ora porque manifiesten, los ocupantes de los cargos, ineptitud o fatiga; ora porque el gobierno decida enfrentar de modos distintos los problemas que le acucian y requiera, para ello, de nuevo personal.

No es, pues, la mera sustitución de funcionarios lo que provocó, la semana pasada esa enorme conmoción política. La verdadera razón estribó en dos causas. La primera de ellas es lo sorprendente de la acción pues si en todo otro momento en el sector participante de la población rondaban los rumores sobre remociones de secretarios, ahora parecía haberse entrado en un periodo de calma, que fue roto brutalmente por este golpe de enorme magnitud, pues envolvió a los titulares de tres secretarías de primerísimo rango en la jerarquía administrativa. A la sorpresa se agregó la inoportunidad, al menos en dos casos. El canciller Roel fue relevado de su cargo justamente en la víspera de que llegara a México el más conspicuo de los gobernantes latinoamericanos, en una visita que no es meramente episódica, sino que alcanza dimensiones profundas en el tiempo. El secretario de Gobernación fue removido a siete semanas de que se efectúen las elecciones, que ni siquiera son unas elecciones normales, sino las primeras que acaecen como resultado de la Reforma Política.

La otra principal causa de la conmoción es el signo inequívoco, al mismo tiempo que perturbador, que se lee claramente en el relevo de los funcionarios. La principal señal de que se intensifica el conservadurismo en el gobierno federal es la salida de Reyes Heroles y, sobre todo la entrada en su lugar de Olivares Santana.

Sin que ello implique desdoro para otros miembros valiosos del gabinete, del inicial o del que ahora trabaja a las órdenes del presidente, resultó siempre claro que Reyes Heroles era el primero entre sus iguales. De entre los secretarios de Estado nombrados el 1º de diciembre de 1976, era el de mayor experiencia política, y el que más amplia reputación pública había alcanzado. En un medio en que prevalecen los ciegos intelectuales, pues en la política mexicana priva el pragmatismo por encima de las ideas, aún siendo tuerto don Jesús hubiese sido un dirigente excepcional. Para fortuna de todos, tenía los dos ojos bien abiertos y supo vislumbrar, desde que dirigió el partido gubernamental (entre 1972 y 1975) que era imprescindible ensanchar los cauces de expresión de las minorías a riesgo de acrecentar el despotismo y la irresponsabilidad de quienes gobiernan en nombre de las mayorías.

Pocas designaciones como la suya causaron beneplácito tan festejado. Apenas tres meses después de iniciar sus tareas, inauguró la etapa de la Reforma Política que, si bien es un proyecto presidencial como no podría ser de otro modo, se avenía muy bien a la vocación y al talento del político tuxpeño. Sería un pecado de lesa ortodoxa sociológica imputar a un solo hombre la generación de una cauda de procesos políticos: Seguramente Reyes Heroles no fue el único autor de la Reforma pero sí fue su más simbólico promotor. Pero, al contrario, no puede menospreciarse el valor que la personalidad de un funcionario significa en la atención de las responsabilidades que le son confiadas.

Las enmiendas constitucionales y la legislación secundaria sobre organizaciones políticas, procesos electorales, y composición del Congreso tienen una substancia cuya dimensión no puede ocultársele a nadie. Tímida y todo, la Reforma Política ha significado un progreso en la tentativa democrática mexicana. Aún si se la considera como una simple estratagema para hacer perdurar la vigencia del sistema político que nos rige, es preciso reconocer que se trató de un mecanismo civilizado capaz de engendrar, a su vez, nuevos gérmenes de avance.

Además de esa tarea evidente, a la que es necesario agregar la amnistía que tuvo en él el principal de sus campeones, Reyes Heroles significaba, por la fuerza de su historia personal y no porque él poseyera tales condiciones en exclusiva dentro del gabinete, la tradición del liberalismo social, de un progresismo que sin renegar de la ortodoxia procuraba reconocer que el paso del tiempo obliga a ajustes y enmiendas que, de no practicarse, conducen a la esclerosis política.

Al ser retirado del gabinete se va con Reyes Heroles la fuerza simbólica en él depositada. No decimos con ello que no queden en el gobierno personajes de su misma filiación, acaso hasta más lúcida, acaso más moderna. Pero ninguno de ellos tiene el peso que tuvo don Jesús. De allí que una anécdota personal, el retiro de un funcionario, adquiera honda significación política, particularmente si se atiende al hecho de que fue escogido para substituirlo el exgobernador de Aguascalientes, Enrique Olivares Santana.

El hasta ahora director del Banco de Obras y Servicios Públicos es la quintaesencia misma de la burocracia política. Su historia personal muestra que su recorrido a través de diversos cargos y funciones es resultado de su quietud, no de su acción. Es fácil desafiarlo a usted a que recuerde cualquier pronunciamiento lúcido de quien ahora se ocupará de la política interior del país. Aún si nos tomásemos la estéril molestia de revisar los discursos que ha pronunciado, única literatura que es capaz de producir, no encontraríamos sino lugares comunes, frases huecas ensartadas unas tras otras, en prosa municipal y espesa.

Tan incongruente como imaginar a Acerina frente a la Orquesta Sinfónica Nacional, así es figurarse a Olivares Santana dando impulso a la representación de las minorías, a la libertad de expresión, al derecho a la información. Con su presencia en la Secretaría de Gobernación se introducen de nuevo en ese ministerio los vientos rancios del conservadurismo que ha sido, las más de las veces, el ámbito característico de la antigua casa de Cobián.

Esta opción política asumida de manera indudable por el gobierno queda ratificada en la designación de don Miguel de la Madrid Hurtado en remplazo de Ricardo García Sáinz. En poco más de un año en su cargo, García Sáinz no pudo dar muestra de ningún talento particular para el arte de la administración pública y su relevo parecía obligado, aunque las impugnaciones que se le asestaron tienen que ver más con la estructura y la función de la Secretaría que con la persona que sea su titular. Al revés de Olivares, De la Madrid Hurtado tiene virtudes de alto valor. Pero procede del conservadurismo hacendario, que será su factor limitante más notorio.

Única luz en este panorama sombrío es la rectificación del lamentable error de haber hecho canciller a don Santiago Roel.